



NICOLÁS SÁNCHEZ DURÁ

*Universitat de València*

## AHOGARSE EN SECO

¿Cómo imaginaban las gentes de Europa la guerra del futuro tras el final de la Gran Guerra? Aunque tal asunto revistiera un carácter diferente según los países hubieran participado en las alianzas combatientes o permanecido neutrales, hubieran sufrido la destrucción y el fragor del frente en su suelo o sido mera retaguardia, es notable el hecho, relativamente nuevo, de ese común y masivo imaginar cómo sería la guerra del porvenir que, pensaban, acabaría produciéndose inevitablemente. El motivo de tal obsesión puede verse a contraluz en la proliferación de publicaciones pacifistas, la mayoría ilustradas con fotografías de la Primera Guerra Mundial, que predicaron la paz precisamente insistiendo sobre las características de aquélla. Una guerra tecnificada cuyo poder de destrucción había sido tan vasto que, se intuía, la siguiente no podría concluir sino en un apocalipsis.

Quizá una sola imagen (fig. 1) pueda dar cuenta del tránsito de las guerras de gabinete a lo que se llamaría, a partir de entonces, la guerra total. Pues el soldado que en ella aparece —la foto es del frente del este— reúne elementos de dos



Fig. 1

maneras, de dos épocas, una de las cuales la guerra barrería para siempre: el concepto caballeresco de combate entre guerreros convertido para siempre en una matanza entre soldados. Las armas automáticas, las ametralladoras y su velocidad de disparo acabarían con el caballo como animal de combate (salvo para el transporte y la intendencia). Pero más sintomática aún es la combinación de armas y protección que el soldado exhibe, la lanza o pica y la máscara anti-gas. La lanza pertenece a una forma de combate donde el combatiente, que todavía es un guerrero, lancea a otro guerrero al alcance de su vista. Un arma donde media la escasa distancia física propia de una lucha en la que un cuerpo, y su apéndice armado, colisiona con otro cuerpo. Pero la máscara anti-gas refiere a un arma abstracta, no destinada a hendir éste o aquél, sino a crear una atmósfera donde perezca todo lo viviente envuelto por ella.

Desde que los alemanes utilizaran el 22 de abril de 1915 en el frente de Steenstrat, en Langemark, cerca de Yprés, Bélgica, lo que los franceses llamaron yperita, los ingleses gas mostaza y los alemanes *Gelbkreuzkampfstoff* (material de combate con cruz amarilla; es decir, gas clórico), el gas pasó a ser algo así como la cifra de la guerra moderna. Lo que vieron los soldados franceses aquel día —dos días después el mismo tipo de ataque se repitió contra las tropas canadienses al este de Ypres— fue una nube de color amarillo verdoso que confundieron con una cortina de humo. En poco tiempo se produjo la desbandada. Los soldados tiraban las armas, corrían cegados entre vómitos de sangre, desgarraban sus camisas e intentaban inhalar un aire que no llegaba a sus pulmones mientras padecían violentos ataques de sed. Aquella batalla tuvo una repercusión enorme; la prensa en París y de Londres ayudaron a extender el pánico.

Pronto el gas asfixiante se convirtió en un arma empleada por ambos bandos y los ingleses utilizaron masivamente las bombas de gas propulsadas por el tubo *Livens* en la batalla del Somme. En junio de 1918 los franceses, valgan estos dos ejemplos, bombardearon a los alemanes en retirada causando miles de muertes a unas tropas que, al no esperar tal tipo de ataque, no estaban provistas de máscaras. El primer ataque de Ypres contra la infantería francesa causó 5000 muertos y

10.000 heridos que sobrevivieron para siempre con las secuelas. Los canadienses, en aquel primerizo segundo ataque, sufrieron 5000 muertos más. El caso es que la progresiva mejora de las máscaras anti-gas —primero, rudimentarias capuchas de fieltro con orificios oculares cubiertos con mica; después, de caucho con filtros de carbonato de sodio y carbonato de potasio— no pudo inhibir por completo el efecto de los gases. Los cegados por el gas andaban por doquier en la retaguardia y quizá una de las fotografías más difundidas de aquella guerra sea la fila de soldados ciegos, los ojos vendados, la mano sobre el hombro del compañero que le precede, avanzando renqueante a través de un paisaje desolado.

En el periodo de entreguerras hubo una verdadera obsesión por el gas como arma de combate del futuro. Una obsesión, quizá hoy olvidada, pero entonces omnipresente: los soldados enmascarados, los inválidos invidentes con sus gafas oscuras, campan por los cuadros y grabados de Otto Dix, los fotomontajes de Heartfield para las portadas de la revista AIZ, los foto-libros pacifistas como el famoso de Ernst Friedrich, *Krieg dem Kriege!* (*¡Guerra a la Guerra!*) de 1924 (del que se llegaron a publicar once millones de ejemplares en más de cuarenta idiomas, entre ellos el español),<sup>1</sup> o los libros que se escribieron y publicaron, algunos profusamente ilustrados, para elaborar la memoria de un conflicto tan traumático. Por otra parte, no hay memorial de guerra o cenotafio, los cuales se extendieron por todos los rincones de las naciones combatientes especialmente en el oeste, que no incluyeran la representación monumental del ataque de gases o de soldados provistos de máscaras.

Prueba de esa obsesión, en España, es la cantidad de publicaciones al respecto que en esta exposición se muestran, algunas de título tan significativo como *La Química contra la humanidad*, del Dr. Diego Ruiz, cuyo subtítulo reza “La verdad a mi pueblo sobre la falacia de la defensa de los gases”.<sup>2</sup> Pero más que las que se publicaron en plena contienda civil, son ilustrativas de lo que nos ocupa las publicadas antes de que llegara la guerra presentida y desmintiera la relevancia que se pensó tendrían los gases. Y así el Dr. Lustig, cuyo libro *Efectos De La Guerra de los Gases* fue traducido y publicado por Espasa-Calpe el año 1935, concluye su

1. En relación al libro de Friedrich, de una resonancia en la época que no puede dejar de subrayarse, véase mi “Guerra, técnica, fotografía y humanidad”, en Sánchez Durá, N. (edit.) *Ernst Jünger: Guerra, técnica y fotografía*. Universidad de Valencia. 2000. (3ª edición 2003); también Collotti, E. “Ernst Friedrich, un antimilitariste dans l’Allemagne des années 1920”, en VV.AA. *Le xx siècle des guerres*, Les Éditions de l’Atelier/Éditions Ouvrières, Paris, 2004, pp. 353 y ss.

2. Ediciones “Tierra y Libertad”, Barcelona, 1937.

# MASCARADA INTERNACIONAL

(PERO EN SERIO)



**1:** En las Universidades hacen prácticas contra los gases... «por si acaso».

**2:** En París se enseña al público la forma de usar las máscaras contra los gases.

**3:** Durante una demostración contra la guerra, organizada en Londres, varios batallones infantiles desfilan por las calles Southgate y Wood Green.



Fig. 2

capítulo primero, “Algunos recuerdos históricos sobre el uso de los gases en la guerra. El desarrollo de la guerra química”, con la siguiente declaración:

“Ríos de tinta han sido vertidos desde que terminó la guerra hasta ahora, para formular previsiones e ilustrar lo que serán las guerras del porvenir... si es verdad que la guerra química ha sido condenada por el Protocolo de Ginebra del 17 de junio de 1925, que confirma y completa el Tratado de Washington (6 de enero de 1922) y de Versalles (28 de junio de 1919), por las diferentes Comisiones de la Sociedad de Naciones, por la Cruz Roja de todo el mundo, no es menos cierto que todos están acordes en empujar a los Estados a proveerse para el porvenir, como si la violación del Pacto en caso de guerra fuese la cosa más natural del mundo.

Nosotros creemos que en las guerras futuras, a pesar de las numerosas sanciones, de los Tratados, y las razones más o menos sentimentales e ideológicas, el empleo de los agresivos químicos será considerado tan legítimo como el de las otras armas, que, por otra parte, fueron en otros tiempos tachadas de inhumanas, y como tales condenadas. *Absolutamente legítima y condenable debe considerarse la guerra aérea y aéreo-química contra la población civil inermes. Pero no se puede por menos de constatar que los preparativos de defensa y las tentativas de educación de las masas civiles por parte de varios Estados hacen suponer que la dura ley de la guerra, imponiendo a todos sus fatales consecuencias, no excluirá de sus riesgos a ninguna categoría de personas en las futuras competiciones de los pueblos.*”<sup>3</sup>

Precisamente, en una nota al pie del texto recién citado, Lustig subraya las maniobras civiles anti-gas realizadas en ciertas ciudades europeas, a la vez que la distribución de publicaciones de divulgación entre la población no militar. A esas maniobras de defensa civil refiere la imagen “Mascarada Internacional (pero en serio)” (fig. 2). Lo interesante es que esa imagen ilustra un artículo anónimo —de título “Hablan los técnicos. Lo que será la guerra futura”— aparecido en el número 20 (enero 1934) de *Orto. Revista de documentación social*, publicada en Valencia, dirigida por Marín Civera y cuyo redactor gráfico fue José Renau.<sup>4</sup> En ella niños, universitarios, civiles en general de

3. Ibidem, pp. 15-16.

4. Véase la edición facsímil de la revista, *Orto (1932-1934). Revista de documentación social*. Centro Francisco Tomás y Valiente UNED Alcira. Fundación Instituto de Historia Social. Valencia, 2001. El artículo aparece en el Vol. II, pp. 1320 y ss.

---

## Anticipaciones de la "próxima"



Ejercicios de protección contra los ataques con gas. No solamente la población, sino también los animales domésticos tendrán que sufrir la tortura de esas máscaras que los convierten en seres apocalípticos. ¿Y para qué? Para ver en minutos alucinantes la muerte de todo lo vivo de la Tierra y morir ellos después.

Fig. 3

---

## La moda de mañana



He aquí un comercio en franca prosperidad: la fabricación de máscaras contra el gas. He aquí uno de los modelos más prácticos y más recientes, ya que no podemos decir que sea el más elegante. Ahora bien: «con toda buena fe» se nos dice que este modelo se fabrica actualmente para líneas industriales.

Fig. 4

Francia e Inglaterra se enmascarar contra el gas. De hecho el artículo es una recensión de un libro colectivo, *What would be the Character of a new war* (Cuál será el carácter de una nueva guerra), escrito por dieciocho expertos militares provenientes de Europa, América y Japón, que acababa de publicarse en Londres. Pero, para lo que nos ocupa, donde radica el valor del texto es en su género divulgativo, el ser tanto la traducción del lenguaje de los especialistas al lenguaje llano de la divulgación cuanto el escueto subrayado de las características de la guerra futura que se pretende instalar en la mentalidad común. Y así un apartado se dedica a las formas de sofoco, a un “gas verde” que provoca el “ahogo en seco”: las víctimas morirán ahogadas en su propia sangre a resultas del encharcamiento de los pulmones. Pero la misma obsesión por los gases se muestra en publicaciones mucho más populares y propagandísticas. Sea el ejemplo del folleto ilustrado catalán, distribuido por la Unión de Quiosqueros, “Los crímenes de la guerra. Álbum de fotografías sensacionales e inéditas sobre la barbarie y la miseria de la guerra”.<sup>5</sup> Con fotografías, fotomontajes y fotos retocadas al lápiz graso, se repasan con extrema crudeza las crueldades de la guerra de 1914-18, de la guerra chino-japonesa y de la guerra civil rusa. Una de sus páginas advierte: “Pacifistas: No olvidéis las palabras de estos hombres” (junto a declaraciones por la paz y fotografías de Mussolini, Stalin, Lord Cecil —el representante de Gran Bretaña en la Sociedad de Naciones— y Raimond Poncaré). Además, se dedica un espacio considerable al gas (fig. 3 y 4). Las dos fotografías refieren al futuro: “Antipaciones de la próxima”, “La moda del mañana”. La primera pone de manifiesto que el gas es un arma envolvente que todo lo abraza, que de su atmósfera mortífera no escapa ningún viviente, que la guerra futura es sinónimo de Apocalipsis. La segunda, añade un matiz importante: lo que se hace pasar como un desarrollo técnico dedicado a la producción industrial, no es más que un artilugio bélico, una máscara enmascarada. La paz no es sino un estado precario donde se acumulan fuerzas destructoras para la guerra inevitable. También en la paz todo esfuerzo de trabajo era, al cabo, un esfuerzo bélico.

5. Comentarios de Javier de Lazy, Talleres Gráficos Armengol y Cía, Barcelona, 1933.



Fig. 5

### LA TÉCNICA DEL BOMBARDEO, EL BOMBARDEO DE LA TÉCNICA

Pero no sólo el gas estimuló la adivinanza de la guerra futura. El fotomontaje de Monleón, que también ilustra el mencionado artículo “Hablan los técnicos. Lo que será la guerra futura” publicado en *Orto*, supone una concisa síntesis en la que se representan otras dos armas que a su vez caracterizaron la Primera Guerra Mundial y coadyuvaban a la posterior imaginación bélica popular (fig. 5). Junto a dos soldados enmascarados aparece una ametralladora y un cañón pesado; bajo, a su alcance y sujeta a su dominio, la tierra toda representada en su forma más abstracta, como globo terráqueo. Al igual que el gas, o el lanzallamas, inventado poco antes del conflicto, la artillería pesada de largo alcance, las minas subterráneas y las armas automáticas son armas abstractas que pueden matar en masa y a distancia. En el caso de la artillería pesada, a una distancia tal que su efecto mortífero y destructor no puede verse más que de forma diferida o indirecta. Es decir: son armas propias no de guerreros que aún en su lucha a muerte se reconocen en tanto individuos, sino de un enfrentamiento de soldados cuyo fuego destruye un enemigo configurado como masa, espacio y recursos bélico-económicos que aniquilar. La artillería pesada, las armas automáticas, los bombardeos aéreos y los gases barren espacios indistintos, indiferenciados. El terreno despojado de sus cualidades sensibles ya no es sino retícula acorde y propicia para el cálculo destructivo. Y tal capacidad perceptiva y cognitiva, a través de representaciones que tienen, precisamente, el mismo carácter abstracto, junto a la potencia y rapidez de fuego, hace posible su destrucción total. Tal conjunción de representación y destrucción abstractas se muestra y pone de manifiesto en las numerosas fotografías aéreas, bien sea de vastas extensiones barridas por las explosiones de los obuses que desprenden gases en expansión progresiva; bien de los grandes fuertes, como el famoso de Douamont de la batalla de Verdun, captados en sus esquemas formales junto a la retícula de sus comunicaciones terrestres, absolutamente roturados por el fuego de exterminio; o de los miles de prisioneros hacinados o de enormes amasijos de cadáveres tras los ataques masivos o los bombardeos artilleros. En todas ellas se aprecia que la





Fig. 6. El destruido fuerte de Douaumont visto desde un avión. El terreno al este de Douaumont muestra claramente los zizaguentes caminos de acceso y la posición de combate destruida.

misma capacidad de abstracción de las cámaras va a la par con la capacidad destructiva de la potencia de fuego a distancia de las armas, (fig. 6 y 7). La Gran Guerra fue la primera masivamente fotografiada y al poco de su inicio fue cuando se crearon los servicios fotográficos militares dependientes de los estados mayores.<sup>6</sup> Pero antes de que se regulara la posibilidad de fotografiar en el frente y se codificara la censura, hubo una cuantiosa fotografía "asilvestrada" tanto de los soldados cuanto de los periodistas. La no menos masiva difusión impresa de aquellas imágenes configuraron para siempre, entre las poblaciones de la retaguardia y del mundo entero, el recuerdo, e imagen global, de la contienda.

El resultado de semejante potencia técnica destructiva fue la ampliación de la zona de guerra, una capacidad creciente de dominar y destruir los requisitos vitales del enemigo. Del combate con gases hasta el fuego artillero de exterminio, pasando por los incipientes bombardeos aéreos (irrelevantes en la primera guerra comparados con los de la artillería pesada), se inaugura una tendencia que no

6. La Sección Fotográfica del ejército francés, por ejemplo, nace a partir de la iniciativa privada del profesor de historia P. Marcel y se funda en abril de 1915 por el Ministro de la Guerra; junto a la posterior sección cinematográfica se convirtió en la Sección fotográfica y cinematográfica del Ejército (S.C.P.A.). Posteriormente Alemania tomó una decisión similar. Cf. Gervereau, *Les images qui mentent. Histoire du visuel au xx siècle*. Seuil. Paris, 2000, pp. 117-118.



Fig. 7. Un ataque con gas en el frente oriental. Fotografía desde un avión ruso.

hizo más que acentuarse posteriormente hasta el paroxismo de nuestros días: la anulación de la distinción civil / militar o combatiente / no combatiente. O si se prefiere, la disolución del campo de batalla en el entero entorno de vida. En la primera guerra mundial se arrasaron por completo muchas poblaciones, algunas de las cuales nunca volvieron a ser reconstruidas. Semejante destrucción, desconocida hasta entonces por su magnitud, se difundió ampliamente por las retaguardias de los países beligerantes, también por los neutrales, en publicaciones de carácter periodístico o propagandístico con altas dosis de militancia patriótico-nacionalista. Traducidas y distribuidas en España, ya de origen francés o inglés, insistían en la destrucción (alemana) de las ciudades y del patrimonio histórico artístico, presentado como patrimonio no ya nacional, sino de la humanidad. La guerra no sólo arrasaba campos, bosques y poblaciones, también cortaba de cuajo las encarnaciones monumentales de la historia nacional, todo vínculo con la tradición. Sean los ejemplos de *Siguiendo las huellas del ejército alemán*, publicación ilustrada con 50 fotografías y publicada en español por *The Daily Chronicle* en 1915; o *La Guerre Illustrée*,<sup>7</sup> revista mensual cuyo exclusivo contenido era numerosas fotografías cuyos pies de foto podían leerse en francés, portugués, español e italiano (fig. 8 y 9). La catedral de Rheims, la virgen derribada de la torre de la iglesia de Albert, la Tour des Halles (y la entera Lonja) de Ypres, La Biblioteca y Universidad de Lovaina, Brujas, las plazas de Arras, su ayuntamiento... y multitud de iglesias del frente de Flandes o la martirizada Verdun eran imágenes recurrentes. Una y otra vez difundidas, se fotocomponían en tales publicaciones según la pauta del "antes" y "después" de la destrucción bélica sufrida.

En la posguerra, de todas estas imágenes masivamente distribuidas gracias a la posibilidad de la reproducción gráfico-periodística de la fotografía (que apenas contaba con década y media), se hizo un uso diferente al que tuvieron durante el conflicto. En la contienda, su finalidad era demostrar la barbarie del enemigo, su violación del derecho de gentes, sus infracciones del *ius in bello*. Es significativo que tales ilustraciones acompañaran como pruebas los informes oficiales de las comisiones que investigaban los crímenes de guerra de los alemanes —es, por

7. Messageries de Jounaux. Hachette & Cie, París. Se imprimía en la imprenta de *L'illustrated London News & Sketch Ltd*. De difusión estable y numerosa en España, la agencia española era la Sociedad General Española de Librería, radicada en la calle Ferraz de Madrid.



Le passage de la "Kultur" — Églises détruites par les Allemands en retraite: (1) Ruines de l'église de Bapaume; (2) Ruines de l'église de Boisleux-au-Mont; (3) Ruines de l'église d'Isles; (4) Ruines de l'église de Favreuil.

Le orme della "Kultur" tedesca. — Chiese distrutte dai Tedeschi durante la loro ritirata: (1) Rovine della chiesa di Bapaume; (2) Rovine di una chiesa a Boisleux-au-Mont; (3) Rovine di una chiesa a Isles; (4) Rovine della chiesa a Favreuil.

Les huellas del "Kultur" — Templos demolidos por los alemanes en retirada: (1) Ruinas de la iglesia de Bapaume; (2) Ruinas de la iglesia de Boisleux-au-Mont; (3) Ruinas del templo de Isles; (4) Ruinas de la iglesia de Favreuil.

O rasto da "Kultur" — Igrejas destruídas pelos alemães na retirada: (1) Ruínas da Igreja de Bapaume; (2) Ruínas da Igreja de Boisleux-au-Mont; (3) Ruínas da Igreja de Isles; (4) Ruínas da Igreja de Favreuil.

Fig 8. Página 18 del número de junio de 1917 de La Guerre Illustrée.

8. De las 62 páginas de la publicación, 40 están dedicadas a fotografías de gran formato donde se muestra un elenco de monumentos eclesiásticos y civiles en estado de ruina a causa de los bombardeos. El índice de esta publicación es significativo y característico: “1. Ilustraciones que ponen de manifiesto la destrucción ó daño innecesario y loco de Catedrales, Iglesias. Casas ayuntamientos, y casas particulares; 2. Nota acerca de la violación de las leyes y usos de la guerra por los alemanes; 3. Terribles confesiones hechas por soldados alemanes; 4. Informe oficial del Gobierno belga sobre las atrocidades cometidas por los alemanes; 5. Informe oficial del Gobierno francés sobre las atrocidades cometidas por los alemanes”.

9. Véase, Beaupré, N. “Écrire pour dire, écrire pour taire, écrire pour tuer? La littérature de guerre face aux massacres et aux violences extremes du front ouest (1914-1918”, en El Kenz, O. (Dir.) *Le massacre objet d'histoire*. Gallimard. 2005, pp. 303-318 y las interesantes notas pp. 488-492.

ejemplo, el caso del citado *Siguiendo las Huella del Ejército Alemán*.<sup>8</sup> Tales informes —proliferaron los que hablaban de “atrocidades alemanas” debidas a la crueldad de sus tropas— tenían sin duda un fin propagandístico tanto para la retaguardia, como para los países neutrales. Pero en la posguerra, las mismas imágenes se usaron, especialmente desde las publicaciones pacifistas de la más variada estirpe, tanto para mostrar los desastres de la guerra y su maldad en general, cuanto para hacer proyecciones de lo que sería la guerra futura. Entre éstas hay que incluir las del pacifismo afín a la izquierda bolchevique que, hasta que cambió la estrategia de la Tercera Internacional tras el IV Congreso, llamaba a convertir la guerra futura en una cadena de guerras civiles revolucionarias que acabara con el capitalismo origen y causa de toda guerra. Con todo, el uso de escritos e imágenes, y el régimen de su distribución, fue muy diverso y contradictorio. Hubo casos de censura o reescritura de los texto propios aparecidos en el fragor de la contienda, pues la demonización y degradación del enemigo, al que se le atribuía todo tipo de crueldades, ponía de manifiesto de manera indirecta las masacres propias. Además, insistir en este punto contravenía la mentalidad nacionalista y militarista, interesada en dar una imagen de la guerra en la que los soldados eran los únicos mártires, víctimas y héroes. La oscilación entre las atrocidades propagandísticamente atribuidas, los bulos del frente —sobre cuya difusión Marc Bloch escribió su conocido artículo *“Reflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre”*, precisamente tras la contienda en 1921— y las prácticas de reelaboración de la memoria negacionistas, dejaron por mucho tiempo sin establecer el alcance y la verdad de las masacres de represalia contra la población civil o los prisioneros y heridos. Hasta tal punto que es un campo todavía hoy debatido por la historiografía sobre la Primera Guerra Mundial.<sup>9</sup>

Si volvemos ahora al artículo de *Orto* publicado en Valencia en 1934, “Habían los técnicos. Lo que será la guerra futura”, esa destrucción masiva se refiere con insistencia al bombardeo aéreo, inaugurado sí en la primera guerra, pero de efectos muy limitados comparado con el masivo uso de la artillería pesada de largo alcance (el llamado por los franceses “La Grosse Berta”, por ejemplo, bombardeaba

París desde 100 kilómetros de distancia). Y hay que decir que, al contrario del caso de los gases, que no se usaron ni en la guerra civil española ni en la segunda guerra mundial, las proyecciones que se hacen en dicho artículo fueron bastante acertadas. Pues se insiste desde el primer momento en que la "tecnocracia" ejercerá su dominio sobre el ejército, que la primacía no será de la infantería, sino de la "tropa motorizada", que los tanques y su desarrollo serán el mejor ejemplo de ello,<sup>10</sup> y que la guerra futura "se decidirá en el aire" dada la capacidad de penetración ilimitada de la aviación. No habría ejército terrestre, "cualquiera que fuere su potencia en cañones", que pudiera evitar que se sobrevolasen sus líneas para adentrarse en sus territorios supuestamente defendidos. Todo lo referente a la aviación en dicho artículo es de extraordinario interés porque, al contrario del caso de los apuntes sobre la motorización de las tropas, desborda el campo de batalla para invadir la población civil y la sociedad entera. Las bombas incendiarias se prevé que destruyan las canalizaciones, las instalaciones subterráneas de las grandes ciudades y las conducciones de gas que servirán para transmitir el fuego. Por tanto, se declara "ilusorio creer en la posibilidad de la defensa de una ciudad como París, Londres o Berlín en caso de un serio ataque aéreo tal como éste se realizaría en el transcurso de una guerra futura". Y así, citando al profesor Langevin, se afirma que con 100 aviones se destruiría una ciudad como París, con sus tres millones de habitantes, y que "todo esto quiere decir que, en una futura guerra, las catástrofes se producirán no en los frentes, sino detrás de ellos, en territorios que, normalmente, no habrían sido jamás zonas de guerra". Con todo, uno de los aspectos más significativos del artículo, cuyo interés, insisto, es su carácter divulgativo y su estar destinado a una amplia gama de lectores, es la referencia implícita, sin nombrarlo, a las teorías de Giulio Douhet. Pues esa conversión de lo urbano y de lo civil en objetivo preferente no sólo se conecta con las características tácticas de la aviación (como paroxismo de la destrucción artillera de la primera guerra), sino con el hecho de que la guerra hubiera devenido guerra total. Y así taxativamente se afirma: "la flota aérea —y esto será precisamente una de las características de la guerra futura— se ocupará menos del ejército enemigo que de los no combatientes, de

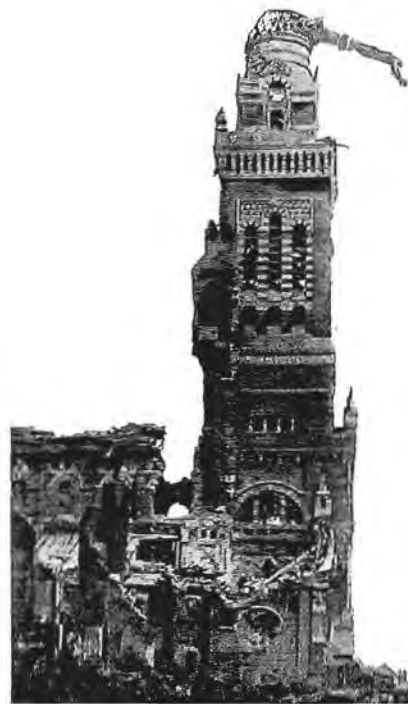


Fig 9. Virgen derribada de la torre de la iglesia de Albert (Francia). Página 2 de "Siguiendo las huellas del ejército alemán". The Daily Chronicle, Londres, 1915.

10. Los "tanques" —así llamados porque las grandes cajas donde se transportaron desmontados desde Inglaterra a Francia llevaban escrito por motivos de secreto y camuflaje la ambigua palabra "tanks" (contenedores de líquidos)— eran lentos y de escasa potencia de fuego, con frecuentes averías que los detenía y convertía en blanco fácil. Utilizados por primera vez por los ingleses en la ofensiva general de septiembre de 1916 en el frente del Somme, en Pozières, tuvieron más un poder simbólico (la maquinización de la guerra) que efectivamente táctico.

la población civil, *sabiendo que de la actitud de ésta, de su capitulación, depende el resultado de la guerra*". Son éstas últimas palabras en cursiva (el énfasis es mío) las que deben ser entendidas en relación a Douhet.

En efecto, Giulio Douhet teorizó la guerra total conectando su posibilidad con el desarrollo de los bombardeos aéreos masivos sobre la población civil. La publicación en 1927 de su obra *Il dominio dell'aria* [*El dominio del aire*] cambió la guerra para siempre. Los dos principios relevantes de la concepción de Douhet eran que la aviación es un instrumento de ofensiva de posibilidades incomparables contra el cual ninguna defensa es definitivamente eficaz; y que el bombardeo masivo de los centros de población permitiría quebrar la moral de la retaguardia. Douhet preconizó la destrucción de los recursos económicos del enemigo, olvidándose en lo esencial de los objetivos clásicamente militares, excepto de la aviación enemiga que debía ser destruida en el suelo en el lapso que mediaba desde la declaración de guerra hasta la efectiva movilización general. Pero lo central de su teoría era el aterrorizar a la población civil, de manera que "pronto llegaría el momento en el que, para poner fin al horror del sufrimiento, los individuos, empujados por el instinto de conservación, se sublevarían para exigir el fin de la guerra".<sup>11</sup> Se sublevarían contra el propio gobierno, hay que entender. Por ello propuso el uso masivo de bombas incendiarias y asfixiantes contra ciudades y núcleos fabriles e industriales. Las resistencias que tuvo que vencer Douhet son un síntoma del paso de una concepción apuntada en la Primera Guerra Mundial a su cumplimiento por todos los contendientes en la segunda: sus teorías le costaron un consejo de guerra y un año de cárcel en 1916, pero en 1920 la sentencia fue revocada y en 1921 fue promovido al grado de general.

En todas estas imágenes de la guerra previsible hubo mucho de aproximado y mucho de no cumplido en el detalle, pero también de acertado en cuanto a los rasgos más generales. La obsesión por los gases no se vio correspondida por su uso efectivo. Que no se llegaron a utilizar en la segunda guerra, o en la guerra civil española, no tuvo que ver con el humanitarismo o con el respeto de los tratados internacionales, sino con el incremento del movimiento y la importancia de

11. Douhet, G. *Il dominio dell'aria*. Istituto Nazionale Fascista di Cultura, Roma, 1927.

la velocidad. Los gases fueron propios de una guerra estática, de frentes casi fijos, de tropas agazapadas durante largos periodos en líneas de trincheras que tuvieron desplazamientos espaciales de muy pocos kilómetros a lo largo de cuatro años. En la guerra civil española, además, la amplia existencia de amigos entre los enemigos del bando contrario hacía imposible su uso (a riesgo de perder el favor de los amigos situados en el espacio del adversario). A pesar de que su utilizaran los bombardeos zonales o *area bombing* preconizados por Douhet, tampoco se cumplió uno de sus objetivos fundamentales, romper la moral de las retaguardias (ni siquiera las dos bombas atómicas produjeron el amotinamiento de la población en Japón, sino el afán de revancha).<sup>12</sup> También fue inexacto que no hubiera protección posible contra la penetración de los bombarderos. El desarrollo del radar, la artillería antiaérea y los cazas supusieron una defensa relativamente eficaz mientras hubiera un equilibrio de fuerzas si se disponía de escuadrillas y, sobre todo, de tripulaciones suficientes. En cualquier caso, el dominio del aire sí se reveló decisivo. En cuanto al papel de la infantería, por más que fuera esencial su motorización y el desarrollo de la velocidad, a la par que la potencia de fuego de los carros de combate, tampoco se cumplió su irrelevancia, pues el territorio debía ser conquistado y retenido. Por otra parte, es notable la ausencia en estas representaciones de un factor totalmente novedoso que también anudó en la guerra del catorce una tendencia bélica, estratégica y política de enorme importancia: la guerra submarina contra las flotas inglesa y americana, que abrió una nueva dimensión de combate, no sólo la superficie de los mares sino la profundidad marítima. Por no hablar de la importancia que, en pleno desarrollo técnico de la guerra, cobró la guerra de carácter partisano, capaz de poner en jaque grandes ejércitos convencionales (fue el caso de Yugoslavia, Grecia, China y la Conchinchina francesa, por mencionar ejemplos señeros)

Pero fuera como fuera, no es menos cierto que los rasgos de la guerra futura que embargaron la imaginación popular, en gran parte debidos tanto a la proyección a partir de lo visto y leído acerca de la guerra del catorce cuanto a la divulgación de los estudios de los especialistas que partían de la misma experiencia,

12. Véase Hachiya, M. *Diario de Hiroshima de un médico japonés*. Turner, Madrid, 2005. pp. 96-7.



configuraron una imagen de la guerra como masacre en masa y exterminio de todos a resultas de la aplicación de la técnica moderna, y de la producción industrial, al enfrentamiento bélico. En España, además, parte de la imaginación colectiva provenía de una guerra de muy otra estirpe y carácter, la guerra colonial en Marruecos. Dejaré para más tarde este aspecto.

### **DE LA GUERRA COMO EBriedAD AL PESIMISMO TRAS LA GUERRA TOTAL.**

La guerra del catorce en su comienzo, especialmente hasta las primeras Navidades, produjo un movimiento de euforia, entusiasta, un tiempo de exaltación y percepción intensa de la vida. Se la consideró un gran juego entre naciones, excitante y divertida ocasión de emociones intensas antídoto de toda decadencia y aburrimiento burgués. Ese estado de ánimo fue general y multitud de escritos o libros de memoria dan cuenta del mismo. La lista sería inacabable y abarcaría los autores de las más dispares ideologías, idiosincrasias y caracteres personales.<sup>13</sup> Tan exaltado fue el ánimo, tanto el entusiasmo de matar o ser matado, que el hecho fue suficiente para que alguien como Freud acabara reformulando su teoría de las pulsiones, que en definitiva lo es de la naturaleza humana, y postulara la de muerte como una de las dos pulsiones matriciales del psiquismo. Pero sirva como ejemplo el testimonio de un escritor tan moderado y cosmopolita como E. Zweig:

“...debo confesar que en aquella primera salida a la calle de las masas había algo grandioso, arrebatador, incluso cautivador, a lo que era difícil sustraerse. Y, a pesar del odio y la aversión a la guerra, no quisiera verme privado del recuerdo de aquellos primeros días durante el resto de mi vida; miles, cientos de miles de hombres sentían como nunca lo que más les hubiera valido sentir en tiempos de paz: que formaban un todo,...sentían...que todos estaban llamados a arrojar su insignificante “yo” dentro de aquella masa ardiente para purificarse de todo egoísmo. Por unos momentos todas las diferencias de posición, lengua, raza y religión se vieron anegadas por el torrencial sentimiento de fraternidad”.<sup>14</sup>

13.Véanse las memorias de Sebastian Haffner, del filósofo Karl Löwith, de Ernst Jünger, etc.

14. Zweig, S. *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. El Acantilado, Barcelona. 2001, pág. 286.



Zweig cuenta cómo sus amigos poetas y escritores, incluidos los socialistas —Thomas Mann, Hauptmann, Dehmel, Hofmannstahl, Wassermann...— “se creían obligados...a enardecer a los guerreros con canciones e himnos rúnicos para que entregaran sus vidas con entusiasmo... Llovían en abundancia los poemas que rimaban *krieg* (guerra) con *sieg* (victoria) y *not* (penuria) con *tod* (muerte)”<sup>15</sup>. Al otro lado del frente podríamos encontrar el mismo fervor, las mismas descripciones. Ese entusiasmo se extendió incluso a los movimientos artísticos de vanguardia. Desde luego los Futuristas, que vieron en la guerra un fenómeno purificador de la decadencia pasadista; muy al principio los Surrealistas, o los Vorticistas, también se apuntaron a la embriaguez general. Los manifiestos nacional-patrióticos —por ejemplo el llamado *Les Allemands destructeurs de Cathédrales et de Trésors du Passé* de 1915—<sup>16</sup> fueron firmados por autores que hoy nos sorprenden: Debussy, Signac, Odilon Redon, Matisse, Monet, Rodin, Gide... Pero el desarrollo de aquella guerra barrió todo optimismo. Es más, instaló un profundo pesimismo y dejó tras de sí una estela de premonición de catástrofe definitiva que sufrirían especialmente las poblaciones civiles. A partir de la década de los veinte, y especialmente a partir del ascenso del nacionalsocialismo y de la amenaza general del fascismo, cuando se empezó a considerar el lapso temporal transcurrido desde la primera mundial como nueva Guerra de los Treinta Años o guerra civil europea<sup>17</sup>, esa visión apocalíptica se vivió por los sectores opuestos más extremos del espectro político como enfrentamiento final entre dos concepciones del mundo donde todos estaban *malgré soi* implicados. Pero tanto en la década de los veinte como en la de los treinta, la guerra futura ya no tendría nada que ver con el concepto cultural o caballeresco de contienda que todavía pervivía al inicio de la Primera Guerra Mundial. Es significativo que dos autores que cultivaban dos géneros tan dispares como la filosofía o la memoria biográfica coincidieran en los términos utilizados para concebir la guerra venidera. Me refiero a Walter Benjamín y Sebastian Haffner.

Este último, dando cuenta de un estado de ánimo general, del que se había sentido partícipe, relata en sus memorias cómo la juventud alemana de los años

15. Ibidem, pág. 294.

16. Véase, Sánchez Dura, N. “Los asesinos de lo Bello. De un uso de la imagen iconoclasta en la época de la técnica”, en G. Romero, P. (edit.) *En el Ojo de la Batalla*. Universidad de Valencia. 2002.

17. Cf. Traverso, E. *À Feu et À Sang. De la guerre civile européenne 1914-1945*. Stok. Paris. 2007.

1924, 1925 y 1926 se obsesionó por el deporte. De tal manera que una noticia como que Houben había corrido los cien metros en 10'6 segundos “despertaba exactamente las mismas sensaciones” que en tiempos había producido un titular como *Capturados veinte mil rusos*: “la información deportiva desempeñaba el papel que diez años atrás habían presentado los partes de guerra, y lo que entonces habían sido las cifras de prisioneros y la cuantía del botín eran ahora los records y las marcas”.<sup>18</sup> También al lenguaje deportivo recurre Walter Benjamín cuando da cuenta, desde un punto de vista filosófico, en sus estudios críticos sobre la violencia a principios de los años treinta, del nuevo carácter de lo bélico. Centrándose una vez más en los gases como indicio, pues Benjamin también fue partícipe de aquella obsesión general, afirma que la batalla de materiales “hace naufragar los miserables emblemas de heroísmo que pudieran haber sobrevivido a la Guerra Mundial. El combate con gases... promete darle a la futura guerra un cariz en el que *las categorías soldadescas se despiden definitivamente a favor de las deportivas*, ya que las acciones militares se registrarán como *records*. Y esto porque la particularidad estratégica más distintiva será la cruda y radical guerra de agresión”.<sup>19</sup>

Records de destrucción humana y material, guerra total. No es del todo claro cuando aparece por primera vez —en cualquier caso, no antes del siglo xx— el uso de este término que no dejaría de hacer fortuna como categoría analítica. Suele referirse al libro publicado en 1936 *Der Totale Krieg* [la Guerra Total] del general Ludendorff, que dirigió el ejército alemán desde 1915 hasta el final de la guerra. Pero a falta de ulteriores precisiones, quizá su primera aparición lo sea en un libro publicado en 1918 por Léon Daudet, llamado *La Guerre Totale* (la guerra total), precisamente para dar cuenta del tipo de guerra que practicaban los alemanes desde 1914. La guerra total, afirmaba Daudet, es “la extensión de la lucha, en sus fases más agudas como en sus fases crónicas, a los dominios de la política, de lo económico, comercial, industrial, intelectual, jurídico y financiero. No son sólo los ejércitos los que se batan, son también las tradiciones, las instituciones, las costumbres, los códigos, los espíritus y sobre todo los bancos”.<sup>20</sup> Esa

18. Haffner, S. *Historia de un alemán. Memorias 1914-1933*. Destino, Barcelona, pág. 80.

19. Benjamin, W. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Taurus, Madrid, 1999, pág. 48. Los énfasis son míos.

20. Guionnet, J.-Y. *L'invention de la guerre totale*. Éditions du Felin, París, 2004, pp. 12-13.

era la guerra que llevaba a cabo Alemania y la que debería llevar a cabo Francia. Pero más allá de los análisis de coyuntura el término quedó ligado a esa expansión, a esa movilización total de las sociedades por lo bélico y para lo bélico. Una guerra donde se concentra el poder civil y militar, en la que la economía se confunde con el esfuerzo militar y se militariza, donde todo esfuerzo de trabajo es un esfuerzo de guerra. Una guerra donde no cabe el compromiso, en la que en poco tiempo se difuminan los objetivos y los que la han empezado son incapaces de terminarla, una guerra, pues, desregulada, que tiende a la aniquilación del contrario mientras se mantiene una intensa movilización propagandística de la retaguardia. Guerra total, y así es como se pensó la guerra del porvenir, no es sólo un término militar, sino un término de fuerte componente política. De tal manera se percibió cuando la guerra del catorce terminó en el frente del este con la revolución bolchevique, y en el oeste con la revolución alemana de noviembre de 1918.

#### **"FRATELLI, COLTELLI". GUERRA TOTAL Y GUERRA CIVIL**

A la guerra total, pues, parece que deba corresponderle una imagen de la guerra como proceso extraordinariamente destructor y violento, sí, pero un proceso frío, mecánico, impersonal, diríase que exento de pasiones y de odio. De hecho, en las narraciones y libros de memorias tras la guerra del catorce abundan las metáforas que aluden a campos electromagnéticos, a procesos de producción industrial, etcétera. Es el caso del parágrafo que cierra el conocido libro de Jünger *El combate como experiencia interior*, el primero que escribió tras la contienda:

"El combate de máquinas es tan colosal que el hombre está bien cerca de borrarse ante él. A menudo, cogido en los campos magnéticos de la batalla moderna, me ha parecido extraño y apenas creíble que estuviera asistiendo a acontecimientos de la Historia humana. El combate revestía la forma de un mecanismo gigantesco y sin vida, recubriendo la extensión con una ola de destrucción impersonal y helada. Era como el paisaje de cráteres de un astro muerto, sin vida, un geiser de lava abrasadora... El combate siempre ha existido, las guerras también, pero este desfile de ahora, sempiterno y tenebroso, es la forma

más terrorífica que el Espíritu que mueve al mundo ha impreso nunca a la vida. Y es esta gris monotonía de las masas que ruedan y empujan hacia adelante para acumularse detrás de los diques del frente como reserva de energías terroríficas, es, digo, esto lo que justamente suscita la impresión de una potencia pura cuya idea se transmite como una corriente eléctrica al espectador aislado.”<sup>21</sup>

Es ésta una descripción en términos de la Física, de la Dinámica y del Electromagnetismo. Pero también en términos tayloristas de producción industrial. Como afirma Traverso, “al obrero-masa de la fábrica fordista le correspondía el ‘soldado-masa del ejército moderno’.”<sup>22</sup> Pero tal aserto no es sólo una afirmación analítica desde nuestro presente, sino una percepción común de entonces, como hemos visto en el texto de Jünger de 1922. En el otro lado del frente, Enri Barbusse, veterano y autor de la conocida novela *Le Feu. Journal d’une escouade*, definía a los soldados de la guerra del catorce como “los obreros de la destrucción”.<sup>23</sup>

Ahora bien, que la guerra se pensara y describiera como un proceso técnico impersonal de destrucción no debe ocultar las masacres perpetradas por los combatientes entre sí y contra los civiles, su generalización contraria a los usos y costumbres de la guerra o a las normas aprobadas poco antes de la contienda en la Haya. En las fases de movimiento, en los golpes de mano, en las ofensivas, en la “limpieza” de trincheras tras los asaltos donde los “nettoyeurs” —revolver y cuchillo en mano— remataban a los enemigos heridos con el fin de evitar disparos y granadas sorpresa...; en fin, en la matanza en masa de prisioneros y de civiles o los juicios sumarísimos so capa de espionaje o de ser franco-tirador, la guerra del catorce demostró una crueldad extrema no ya debida a la tecnificación de la misma, sino a la saña de los contendientes.

Pero la guerra fue también un enfrentamiento —lo afirmaba Léon Daudet en su definición— de tradiciones, instituciones, costumbres y códigos. Un enfrentamiento que tuvo unos discursos legitimadores que condensaban, a la vez que aceraban, su radicalidad. Y, en este punto, jugó un papel preponderante la oposición *Kultur/Civilisation* (Cultura/Civilización).

21. Jünger, E. *La guerre comme expérience intérieure*, Christian Bourgeois éditeur, 1997, pág. 162.

22. Traverso, E. *Violencia nazi. Una genealogía europea*. Especialmente el cap. “Destruir: la guerra total”, FCE. Argentina, 2003, pág. 91.

23. La obra de Barbusse, con más de cinco ediciones, tuvo una amplia difusión en España. Se tradujo, con el título *El Fuego. Diario de un pelotón*, por Antonio Barmejo de la Rica y fue publicado por Rafael Caro Raggio Editor, Madrid.

Norbert Elías analizó, en su conocido estudio *Sobre el proceso de Civilización* cómo según fuera el vínculo con la tradición ilustrada o romántica variaba la semántica de los conceptos de cultura y civilización. Para la tradición ilustrada francesa, que iba más allá de Francia, la civilización era el fin de un proceso progresivo, el estadio superior y último de un progreso evolutivo y unilineal de la cultura, la sofisticación máxima de ésta. Por tanto, los conceptos de civilización y cultura no eran opuestos. Pero sí lo eran en Alemania, porque la cultura, cada cultura, se concebía como un todo orgánico estructurado e irrepetible donde las partes, según una jerarquía establecida por la tradición, conspiran a favor de la bondad del todo. Civilización y cultura (*Kultur*) se oponían porque la civilización, en cuanto proceso unilineal, anulaba las particularidades. La civilización era esencialmente mestiza, la cultura auténtica. De hecho, la defensa de la civilización era considerada en Alemania el subterfugio propagandístico para hacer pasar por universal lo que no era más que la particularidad cultural francesa. Al leer textos de todo tipo de la época es notable la frecuencia con la que unos dicen luchar por la civilización y el progreso frente al despotismo bárbaro de los alemanes ("los hunos"),<sup>24</sup> mientras que éstos dicen luchar por la supervivencia de su cultura frente al proceso avasallador de los que, de forma encubierta, pretenden establecer su hegemonía cultural. Prueba de ello, se argumentaba, era su alianza con la Rusia zarista, ejemplo de atraso y tiranía. De manera que también este nivel de las representaciones, de la justificación ideológica del enfrentamiento, tuvo un efecto concomitante que reduplicó su forma exterminadora y cruel; a saber, la transformación del concepto de enemigo. Pues el enemigo ya no se concibe como un adversario que se opone a unos intereses nacionales determinados en un momento determinado, sino que se constituye en enemigo de la humanidad entera, por tanto en menos que humano, y por ende en algo susceptible de ser eliminado por todos los medios. Lo cual, veremos, tiene que ver con la conceptualización del periodo de entreguerras como guerra civil europea.

Que la guerra acabara con dos revoluciones, una triunfante en Rusia y la otra derrotada en Alemania, introdujo un factor nuevo en la imaginación de la guerra

24. Recuérdese ahora el pie de foto de la fig. 8: "las huellas de la 'Kultur'—Templos demolidos por los alemanes en su retirada". Sobre el uso esa oposición conceptual en la guerra del catorce, véase, Goberna Falque, J.R. "La querrela de la *Kultur* y la *civilisation* durante la I Guerra Mundial", pp. 87-101 de su *Cultura, culturae*. Pictografía Ediciones. 2005.

25. Véase Bianchi, R. "Les mouvements contre la vie chère en Europe au lendemain de la Grande Guerre", en VVAA *Le xx siècle des guerres*, op. cit. pp. 237 y ss.

26. Es la posición del anarquista Sebastián Faure en los artículos escritos expresamente para el n° 17 y 19 de la revista *Orto* en octubre y diciembre de 1933: "... no existe diferencia entre la guerra llamada "defensiva" y la guerra llamada "ofensiva", Guerra de la Civilización contra la Barbarie, del Derecho contra la Iniquidad, de la Democracia contra el Fascismo, de la Libertad contra la Dictadura; todas estas antítesis que no se apoyan, en el fondo, más que en artificios... en mentiras y en apariencias, no podrían atenuar nuestra irreductible oposición a la guerra" ("Contra la guerra sin reserva alguna" en op.cit. pág. 1111). En el segundo artículo, "Nuestros enemigos "Municioneros" y gobernantes", continuación del anterior, afirma, como preámbulo a su política de desarme, "La causa de todas las guerras, en la época actual, es el principio de autoridad, es decir, el principio del hecho del dominio y explotación que padecen las masas populares. El principio de autoridad, del que el Estado es la expresión política, es la dominación del hombre sobre el hombre, y el principio de autoridad, del cual el Capitalismo es la manifestación económica, es la explotación del hombre por el hombre", en op. cit. pág. 1274.

futura. El enfrentamiento de imperios y naciones se solapó con un enfrentamiento transversal, interno a cada uno de los sujetos que habían sido los protagonistas de la anterior. Revoluciones populares, y reacciones lideradas por ejércitos que acaban con ellas de forma brutal, se suceden: la huelga general de Viena, en Hungría (donde el ejército rumano termina con la república soviética de Béla Kun e instaura la dictadura del mariscal Horthy), Finlandia, los países bálticos, donde los *Frei Korps* — que tanta relevancia tendrían con posterioridad en la fragua del nacionalsocialismo — se emplean a fondo hasta 1920, en Ucrania... Por otra parte, la guerra civil inducida y apoyada por las grandes potencias frente a la joven república de los soviets desmentía la proclamada voluntad pacifista de aquéllas. Para la izquierda de filiación marxista no habría paz posible mientras subsistiera la competencia capitalista internacional y sus vaivenes en la lucha por la hegemonía política y económica; la guerra había demostrado ser un gran negocio. Por cierto, que las movilizaciones de descontento popular no se limitaron a los movimientos con forma revolucionaria. La Europa de la posguerra, tanto en los países vencedores como en los derrotados, incluidos algunos de los que permanecieron neutrales, como España, vivieron en la década de los veinte no sólo grandes movilizaciones estrictamente sindicales, sino numerosos *Food Riots, tumulti annonari* o motines contra la carestía de la vida. Contra la subida de los precios de los productos alimenticios, contra especuladores, acaparadores y los grandes comerciantes, revistiendo formas propias del xix, como asaltos a mercados, resignificadas a partir del ejemplo bolchevique, suponían vastos y heterogéneos movimientos sociales de reivindicación de precios "justos", de una economía "moral".<sup>25</sup>

Capitalismo era sinónimo de carestía, en el límite de hambre, de guerra aplazada, intermitente o larvada, pero sempiterna; tanto para los partidarios de la paz a través de un auténtico desarme,<sup>26</sup> cuanto para los críticos de los sueños pacifistas idealistas, defensores de un tipo de guerra que matara toda guerra futura, una guerra civil que acabara transformando los estados rivales en una fraternidad internacional universal.

A este respecto es revelador el artículo de Santiago Montero Díaz, "Estudio social sobre la novela alemana de guerra", publicado en tres entregas por la revista *Orto* en sus números 14, 15 y 16 de 1933.<sup>27</sup> El interés de Montero Díaz es distinguir la verdadera literatura de guerra, la escrita durante la contienda, de la escrita tras el conflicto armado, que es de "un pacifismo obligado, lo que pudiéramos decir, con terminología católica, pacifismo de atrición".<sup>28</sup> Respecto de la primera distingue entre "el bloque de novela imperialista" y la literatura pacifista:

"Pero había entonces, como después, muchos géneros de pacifismo. El pacifismo de los derrotistas, el pacifismo de los que no han podido vencer. Y el de los sentimentales insustanciales. Y el de los advenedizos, los agregados a la paz. Y el de los que sentían la tragedia popular, de hombres que iban a batirse por causas que no les interesaban, por empresas cuyos intereses estaban contrapuestos a los intereses mismos del proletariado. Este era el verdadero pacifismo. El más vitalizado: el único."<sup>29</sup>

En este bloque de verdadera literatura de guerra rescata *Der Mensch ist gut* de L. Frank, *Los pobres, requisitoria contra los ricos en la guerra* y *Der Untertan* de Heinrich Mann (por cierto, que a su hermano Thomas lo incluye entre los nacionalistas imperialistas) y *Menschen im Krieg* de Andreas Latzko. Sin embargo, acusa a las autoras von Kahleberg y Clara Viebig de pacifismo "sentimental, convencional, femenino" y a M. Harden (director de la famosa revista *Die Zukunft*), o al diario de guerra del poeta Dehmel, de oportunistas. Ambos parten de una posición burguesa para concluir en otra posición burguesa de distinto cariz. En cuanto a la novela de posguerra, incluso la famosa obra de Remarque, *Sin novedad en el frente* (en su traducción española), le parece valiosa en tanto alegato viviente de la vida de las trincheras —"que inquietó profundamente a los países que no intervinieron en la guerra"—, pero deficiente en cuanto "consigna de paz", porque tras su retórica pacifista se esconde un nacionalista alemán (lo mismo ocurre en el caso de Johansenn y su novela *Cuatro de Infantería. Sus últimos días en el frente occidental en 1918*): "Y es que el pacifismo de Remarque no nace de un expreso sentimiento proletario. De una solidaridad común de trabajadores

27. La biografía de S. Montero Díaz es significativa. Al proclamarse la República era miembro del Partido Comunista. Bajo ese punto de vista polemiza con Ramiro Ledesma Ramos y su *La Conquista del Estado*. En 1932, publica en Valencia un Cuaderno de Cultura de nombre *El Fascismo*, todavía desde la óptica de la III Internacional. Pero en 1933, tras una beca que lo lleva a Alemania, firma un artículo en el número de diciembre de la revista JONS. Sin embargo, en 1934, tras la fusión de febrero de Las JONS con Falange Española, dimite de todos sus cargos y abandona la organización en marzo. Los motivos que ofrece en su carta a Ledesma es que la Falange es derechista y que sólo las primitivas JONS "plantan la lucha contra el marxismo en el plano de la rivalidad revolucionaria". Durante la guerra civil apoyó a los sublevados. En 1965 fue uno de los profesores que encabezó la famosa manifestación universitaria de Madrid que acabó con su expulsión de la universidad junto a los profesores Tierno Galván, García Calvo, Aranguren y Aguilar Navarro. El artículo de *Orto* debió ser escrito un tiempo antes de su publicación o justo antes de su viraje político.

28. *Orto*, art.cit. en op. cit. Vol. II pág. 940.

29. *Ibidem*, pág. 944.

contra el capital. No nace de una solidaridad internacional de trabajadores contra clases dominantes. Nace de un momento pesimista, como consecuencia del desastre. Nace del horror a la guerra, no del análisis clasista de la guerra. Es —decíamos— un pacifismo de atrición”. Montero Díaz rescata obras como la de Glaeser, *Los que teníamos doce años* (título de la traducción española), o *El Sargento Grisha* de Arnold Zweig, justamente por cumplir lo que incumple Remarque. Y saltándose el ámbito de su estudio, Alemania, acaba con una apología de Barbusse y su novela *El Fuego*. Para defenderla acude a una cita de Radek donde afirma que el sentido antinacional y proletario del francés se demuestra en su admiración por Liebknecht. No es una actitud “sentimental” o “derrotista” lo que impedirá las nuevas guerras:

“Poco importa que las muchedumbres obreras lean y contemplen en la pantalla *Sin novedad en el frente* o *Cuatro de Infantería*. Hay que ir más lejos: hay que llevar a las masas trabajadoras una conciencia bien definida de clase, que impida una nueva traición al proletariado como la de la socialdemocracia en 1914. Esa conciencia de clase anti-guerrera no se conseguirá difundiendo entre los trabajadores actitudes anti-heroicas frente a la vida, cuando las necesita más heroicas y más templadas que nunca para la conquista del Poder y la organización del Estado campesino y obrero”<sup>30</sup>

El autor concluye su artículo proponiendo una comparación entre un soldado alemán en los años de la guerra del catorce y un soldado del Ejército Rojo. El primero, “arrancado de la esclavitud de la fábrica para la esclavitud del frente”, lucha por una bandera que no es la suya. Su combate, por los intereses de los que viven a costa de los suyos, es un “suicidio de su propia clase... hasta los jefes socialdemócratas han colaborado en la mentira”. En cuanto al soldado ruso:

“Este camarada sabe bien que defiende la revolución, la edificación del socialismo, la Internacional de los trabajadores: lo sabe y combatirá con toda su energía. Su canto dice: “desde el mar siberiano al Báltico no hay ejército más temible”. Y es que tampoco lo hay más consciente. Combatirá, con amor, por aquello a quien defiende. Con odio, por aquello que ataca... [hay] que forjar una

30. Ibidem, pág. 1068.



conciencia revolucionaria en el proletariado contra las causas imperialistas de la guerra... Pronto, porque debemos estar preparados para transformar la guerra *patriota* en guerra civil contra la burguesía... terminemos con un deseo: que el ejército rojo, realidad en Rusia, sea también, en plazo breve, realidad proletaria en otras partes"<sup>31</sup>

Este análisis publicado en *Orto* de la novela de guerra y posguerra muestra indirectamente cómo el conflicto de 1914-18 contribuyó de manera decisiva a configurar, en general, el imaginario de la guerra futura en nuestro país. De hecho en la entradilla se dice que "sobre España *cayó también esta marea* de nueva literatura" (es significativo que la traducción española de la novela de Johannsen, *Cuatro de Infantería. Sus últimos días en el frente occidental en 1918* se publicara (1929) en una colección especial llamada "La Novela de Guerra" de la Editorial Cenit) (fig. 10). La traducción de esos textos —como la de las revistas fotográficamente ilustradas antes aludidas— fue inmediata y de gran difusión popular a través de casas editoriales bien conocidas y distribuidas. Pero el artículo también muestra, en particular, el deslizamiento que fue produciéndose. De la condena de las miserias y horrores de la guerra, de la crítica al militarismo y al heroísmo, a la defensa de otro heroísmo —de clase— y de otro tipo de ejército, que debía ser fraguado en, y ser el resultado de, otro tipo de guerra: la guerra civil doméstica con ocasión de una nueva guerra imperialista, o la guerra civil revolucionaria que acabara con las diversas burguesías nacionales y su connatural tendencia bélica.

La ferocidad del enfrentamiento futuro se pensaba también en términos de guerra civil en el otro extremo del espectro político que amalgamaba derecha nacionalista antidemocrática, militarismo, fascismo (y en España, nacional catolicismo). Tomemos el ejemplo de Carl Schmitt, cuando intenta dar cuenta en su ensayo, *Ex captivitate salus* (1949), de su colaboración con el régimen nazi y del periodo de su ascenso. La guerra civil es especialmente atroz porque se da en una unidad política común que incluye al enemigo en el interior del mismo orden jurídico. Cada parte suprime el derecho del adversario, en nombre del derecho designa un enemigo del Estado, del pueblo o de la humanidad con el fin de privarle de



Fig. 10. Portada de "Cuatro de infantería" novela de Ernst Johannsen publicada en la colección especial "La Novela de Guerra" de la Editorial Cenit publicada en Madrid en 1929.

31. Cit ad Loc.



Fig. 11. Fotos pertenecientes al álbum privado de un veterano en cuya cubierta se lee: "Recuerdo de Marruecos, 1921-1925".

32. Véase Traverso, E. *À Feu et À Sang*, op. cit. pág. 282. El resumen y la cita de Schmitt son de las pp. 93-95. Véase también los paralelos y simetrías que establece entre Trotsky y Jünger o Gramsci y Schmitt, la militarización de la política en todos ellos, la crítica a la socialdemocracia de unos y del liberalismo de los otros, la concepción de la revolución como enfrentamiento militar en Trotsky y Gramsci, o el advenimiento y virtudes de un Estado total que reemplazara el liberalismo obsoleto por parte del otro par. pp. 270 y ss.

todos los derechos en nombre del derecho. La guerra civil no puede sino ser justa, incluso deviene el arquetipo de la guerra justa por el hecho de que se autoproclama tal, tan imbuida está cada parte de sí misma. Una parte hace valer el derecho legal, la otra el derecho natural. El primero concede un derecho a la sumisión, el segundo un derecho a la oposición; "la hostilidad deviene tan absoluta que incluso la antigua distinción sagrada entre enemigo y criminal se disuelve en el paroxismo de la autojustificación.. Dudar del propio derecho se tiene por una traición; interesarse por la argumentación del adversario se convierte en disimulo; y toda tentativa de discutir se convierte en una forma de entendimiento con el enemigo". Como comenta Enzo Traverso, no es que los extremos se toquen, pero el caso es que su oposición parte de la misma constatación, el derrumbe definitivo del antiguo orden de Europa a partir de la I Guerra Mundial y la necesidad de encontrar una solución radical a su crisis. En aquella coyuntura comunismo y fascismo se presentaban como los únicos capaces de aportar una solución.<sup>32</sup>

Ahora bien, es cierto que la experiencia de guerra más próxima en España habían sido las guerras coloniales. Dejando aparte las guerras de Cuba y Filipinas en el periodo 1895-1898 y la hispano-americana de 1898, las guerras de Marruecos entre 1909 y 1927 movilizaron a cientos de miles de hombres y tuvieron una relevancia constante en la actualidad política, desde la Semana Trágica de Barcelona hasta el golpe de estado del General Primo de Rivera o su caída. Al cabo, cuando la guerra imaginada se transformó en matanza real, fue decisivo el ejército de Marruecos en el levantamiento militar contra la Segunda República, muchos de cuyos mandos se habían formado en las guerras de África, cruzando por aire 23.000 de sus hombres el Estrecho de Gibraltar. La guerra, o mejor, las guerras de Marruecos tuvieron un carácter ambiguo. Desde aspectos novedosos que se adelantaban a los métodos de la Primera Guerra Mundial, como el uso de escuadrillas aéreas de reconocimiento, fotografía aérea, ametrallamiento y bombardeo (incluso con armas químicas, como ahora sabemos), hasta maniobras complejas. Como la operación aeronaval del desembarco de Alucemas de 1927, en la que participaron unos 160 aviones de bombardeo, incluidos hidroaviones (en Marruecos se alcanzó la cifra de 500 aviones distribuidos en varios aeródromos).<sup>33</sup>

Pero junto al carácter de guerra moderna, la guerra de Marruecos tuvo también el carácter de una guerra anti-partisana.<sup>34</sup> Había que ocupar un territorio en el que la población en general era hostil y su encuadramiento bélico generalmente irregular. Las tropas españolas se encontraban aisladas en blocaos y las posiciones avanzadas en riscos de difícil acceso (fig. 11), rodeadas de poblaciones que durante lapsos de tiempo eran aparentemente indiferentes —incluso colaboradoras— para pasar a ser combatientes en otros (incluso según las horas del día). Una guerra en la que la falta de agua y su contaminación era un factor a veces decisivo, donde los pozos eran tan necesarios como las fortificaciones y las enfermedades diezaban las tropas. Largos periodos de calma se alternaban con fases agudas en las que incluso las policías indígenas y los regulares rifeños se pasaban al enemigo (porque nunca fueron amigos del todo), como en el desastre

33. Cf. Riesgo, J. M. "La Guerra Aérea, 1923-1927, en Marruecos", en VVAA *La Campaña de África. Un Encuadre Aéreo*. Museu de Prehistoria i de les cultures de València. Diputació de València. 2000.

34. Utilizo "partisano" en el sentido que le da C. Schmitt en su escrito *Teoría del partisano* (1962).

de Annual. Una guerra en la que, junto a las tropas que provienen de la península, combate una legión mercenaria formada por cubanos, argentinos, alemanes veteranos de la Primera Guerra Mundial, rusos blancos y regulares que hay que llevar de un lugar a otro para que no luchen contra su propia gente y se produzcan deserciones en masa.

Sin embargo, una cosa es lo que fueran aquellas guerras y otra, diferente, cómo se percibieron, contribuyendo a configurar la imaginación de la guerra futura por parte de la población española. A este respecto se ha señalado que en España, hasta la Guerra Civil de 1936, es mucho más difícil discernir las actitudes populares frente a la guerra colonial de lo que lo es en los casos de Francia, Gran Bretaña y Alemania, pues su articulación escrita fue escasa. Sebastián Balfour enumera como razón de ello los altos niveles de analfabetismo de la tropa, la rígida censura de los oficiales, la tendenciosidad de la prensa y una tradición de confidencialidad familiar que hace difícil el acceso público a las cartas y los diarios.<sup>35</sup>

Quizá una buena manera de sintetizar el carácter de la guerra de Marruecos, desde un punto de vista popular, sea referirse a la crónica que desde su exilio londinense escribió en 1943 el veterano Arturo Barea, *La ruta*, segundo volumen de su trilogía *La forja de un rebelde*. Permítaseme una larga y significativa cita:

“Los libros de Historia lo llaman el desastre de Melilla o la Derrota Española de 1921; dan lo que se llama los hechos históricos... Lo que yo conozco es parte de la historia nunca escrita, *que creó una tradición en las masas del pueblo, infinitamente más poderosa que la tradición oficial*. Los periódicos que yo leí mucho más tarde describían una columna de socorro que había embarcado en el puerto de Ceuta, llena de fervor patriótico, para liberar Melilla. Todo lo que yo conozco es que unos pocos miles de hombres exhaustos embarcaron en Ceuta... agotados hasta el límite de su resistencia después de cien kilómetros de marcha a través de Marruecos, bajo un sol asfixiante, mal vestidos, mal equipados, peor comidos... El barco era un infierno. Y melilla era una ciudad sitiada. Muchos años después aprendí lo que es vivir en una ciudad sitiada [se refiere al Madrid sitiado de la Guerra Civil del 36. N. S.], bajo la amenaza del enemigo que se ha prometido a sí mismo botín, vidas y carne

35. Cf. Balfour, S. “War, nationalism and the masses in Spain, 1898-1936”, en Acton, E. y Saz, I. *La transición a la política de masas*. PUV, Valencia, 2001.

fresca de mujer. Las gentes en las calles pasan deprisa... los servicios públicos no existen; el teléfono no funciona, las cañerías no funcionan, no hay carbón, la luz se apaga de pronto... los que no enfermaron en diez años se sienten graves de pronto y hay que buscar el doctor cuando caen las granadas; las calles están oscuras en la noche y el peligro escondido tras cada esquina. En la Melilla sitiada, un barco panzudo volcó estos miles de hombres mareados, borrachos, agotados de cansancio, que iban a ser sus libertadores... Oímos cañonazos, tableteos de ametralladora, disparos de fusil en alguna parte de la ciudad. Invadimos los cafés y las tabernas; nos emborrachamos y asaltamos las casas de putas... Provocábamos a los habitantes asustados: "ahora vais a ver lo que son cojones. ¡Mañana no queda un moro vivo!". Los moros habían desaparecido de las calles de Melilla; cuando el barco había atracado en el muelle, un legionario había cortado las orejas a uno de ellos y las autoridades habían ordenado a todos los moros no salir de sus casas... Durante los primeros días, nosotros, los ingenieros, construimos posiciones nuevas... Así nos fuimos alejando de la ciudad, adentrándonos en el campo abierto, y vimos el horror... Pero no puedo describir el olor. Penetramos en él como se entra en las aguas de un río. Nos sumergimos en él y allí no había fondo ni superficie; no había escape. Saturaba los vestidos y la piel, se filtraba a través de la nariz en la garganta y en los pulmones, nos hacía toser, vomitar. El olor disolvía nuestra sustancia humana. La empapaba instantáneamente y la convertía en una masa viscosa... Amontonamos los muertos en el patio sobre el caballo, los rociamos de petróleo y prendimos fuego a la pila... Aquel día empezamos a vomitar y seguimos vomitando días incontables. La lucha en sí era lo menos importante. Las marchas a través de los arenales de Melilla, heraldos del desierto no importaban; ni la sed y el polvo, ni el agua sucia, escasa y salobre, ni los tiros, ni nuestros propios muertos calientes y flexibles... ni los heridos que se quejaban monótonos o aullaban de dolor. Nada de eso era importante porque todo había perdido su fuerza y sus proporciones. Pero ¡los otros muertos! Aquellos muertos que íbamos encontrando, después de días bajo el sol de África que vuelve la carne fresca en vivero de gusanos en dos horas; aquellos muertos mutilados, momias cuyos vientres explotaron. Sin ojos o sin lengua, sin testículos, violados con estacas de alambreada, las manos atadas con sus



Fig. 12. Postal impresa. J. Ibáñez, *Soldado de infantería*. Ed. Victòria, N. Coll Saletí, años 1920.

propios intestinos, sin cabeza, sin brazos, sin piernas, serrados en dos... Seguimos quemando cadáveres en montones rociados de petróleo, seguimos luchando en crestas de cerro, en honduras de barranco... durmiendo en el suelo, devorados de piojos, torturados de sed. Construimos nuevos blocaos, llenando miles de sacos terreros, y levantamos en ellos parapetos. No dormíamos: nos moríamos cada día, y en el intervalo vivíamos a través de pesadillas horribles. Y oíamos. Nos oíamos unos a otros. Oíamos a muerto, a cadáver putrefacto”<sup>36</sup>

Esta guerra colonial, prolongada y cruel, en un espacio inhóspito para los españoles, con una dimensión racista evidente (fig. 12 y 13), es, con todo, acorde con los principios de la guerra total. Las guerras coloniales en África no eran conflictos regulados por el derecho internacional que enfrentaran a Estados enemigos y finalizaran con un tratado de paz. Eran guerras que acababan con la sumisión de la población, pues los enemigos no eran ni gobiernos ni verdaderos ejércitos, sino la entera población. En el caso de la guerra de Maruecos, como en tantos otros casos de colonización, era descrita como bárbara, bestial, fanática, indolente, resistente a la civilización y, por tanto, merecedora de su castigo.<sup>37</sup> Por otro camino, pues, la distinción combatiente/no combatiente quedaba abolida y la ferocidad del enfrentamiento asegurada.<sup>38</sup> Que la guerra colonial en África tenía ese carácter acorde con la guerra total, y no podía sino incluir una componente exterminadora, se muestra en un artículo del diario católico *Las Provincias*, del 27 de julio de 1927, donde de forma cínica se establece como condición de la colonización la firmeza aniquiladora:

“Inglaterra es la gran maestra en el arte de colonizar. Si analizamos sus procedimientos. Advertiremos que se condensan en una única regla: destruir por todos los medios y lo más rápidamente a la raza indígena [...] Pero jese sistema es inhumano! ¡Ese método es feroz y cruel! Oímos exclamar a los lectores de LAS PROVINCIAS. Tal exclamación nos descifra la incógnita de la deficiencia española para colonizar. Colonización y sentimentalismo, o si se quiere, humanitarismo, son opuestos; la una no es posible cuando existe el otro [...] Sí, los españoles son sentimentales, y, por tanto, malos colonizadores”<sup>39</sup>

36. Barea, A. *La ruta*. De bolsillo. Barcelona, 2006, pp. 121-125. El énfasis es mío.

37. Cf. Las fuentes citadas por Balfour, S., art. cit, op. cit. pág. 89, nota 70.

38. Cf. Traverso, E. *Violencia Nazi, una genealogía europea*, op. cit. Especialmente el capítulo “Conquistar”, pág 75 y ss.

39. Citado por García Zanón, A. en “El Desastre de Annual en la Prensa Valenciana. Las primeras reacciones”, en VVAA *La Campaña de África. Un Encuadre Aéreo*. Op. cit. pág. 59.



Fig. 13. Ilustración del libro "Guerra a la guerra" de Ernst Friedrich (véase nota al pie número 2). El pie de foto reza: "Las virtudes de los hombres más nobles florecen en la guerra" (Conde Moltke). En la guerra de los españoles contra los marroquíes que luchan por su independencia, los soldados españoles cortaron las cabezas de sus prisioneros y las clavaron en bayonetas".

Por otra parte, la guerra colonial de África también acaba siendo una guerra que pone de manifiesto las fracturas de clase en la propia metrópoli, incoando y agudizando el enfrentamiento civil. El origen social de las tropas de Marruecos estaba masivamente determinado por la eventual capacidad de la gente de pagar al estado las cantidades estipuladas para la exención del servicio. Salvo los oficiales y suboficiales, que tenían en Marruecos una mejor paga, posibilidades de promoción y no escasas posibilidades de corrupción, las capas más empobrecidas de la sociedad formaban el grueso de las tropas. Una tropa que, además, sufrían en su equipamiento y alimentación la rapiña y los negocios que a su costa se hacían en la intendencia. Barea en su crónica describe los mecanismos establecidos, omnipresentes, de fraude. De manera que, en general, el apoyo a la guerra de Marruecos se distribuía en función del origen de clase. La mayor resistencia provenía de los obreros urbanos organizados, mientras que el apoyo provenía de las clases altas y de las clases medias urbanas. Muchos autores atribuyen a los campesinos una actitud fatalista y

resignada. Es notable que el desacuerdo se formulara a menudo en el contexto, y según los términos, de la justificación civilizadora de la guerra. Cuando Barea reconstruye las preguntas que los soldados de origen campesino se hacían al ser enviados a África, ofrece el siguiente monólogo:

“¿Por qué tenemos nosotros que luchar contra los moros? ¿Porqué tenemos que “civilizarlos” si no quieren ser civilizados? ¿civilizarlos a ellos, nosotros? ¿Nosotros, los de Castilla, de Andalucía, de las montañas de Gerona, que no sabemos ni leer ni escribir, Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros? Nuestros pueblos no tienen escuelas, las casas son de adobe, dormimos con la ropa puesta, en un camastro de tres tablas en la cuadra, al lado de las mulas, para estar calientes. Comemos una cebolla y un mendrugo de pan al amanecer y nos vamos a trabajar en los campos de sol a sol. A mediodía comemos un gazpacho, un revuelto de aceite, vinagre, sal, agua y pan. A la noche nos comemos unos garbanzos o unas patatas cocidas con un trozo de bacalao. Reventamos de hambre y de miseria. El amo nos roba y, si nos quejamos, la Guardia Civil nos muele a palos. Si yo no me hubiera presentado en el cuartel de la Guardia Civil cuando me tocó ser soldado, me hubieran dado una paliza. Me hubieran traído a la fuerza y me hubieran tenido aquí tres años más. Y mañana me van a matar ¿O voy a ser yo el que mate?”<sup>40</sup>

El monólogo impersonal que Barea considera propio de la mayoría de los jóvenes soldados coincide notablemente con los términos de un artículo del periódico *El Pueblo* publicado el 26 de julio en Valencia, una de las primeras reacciones, junto al antes citado de *Las Provincias*, al Desastre de Annual. Allí se pregunta qué función tienen “las numerosas Hurdes ibéricas” y se contesta, que aunque “miserables” tanto en lo económico como en lo intelectual y lo físico, sirven de venero de donde extraer gabelas y de vivero de donde proveer a los ejércitos del Rey. Gabelas y soldados con los que se quiere “colonizar y civilizar Marruecos”. Ahora bien, civilizar, prosigue, equivale a establecer la comunidad civil, “¿Podrá cultivar el predio ajeno quien por ignorancia, flojedad y pobreza mantiene baldío el huerto familiar? ¿Podrá un ejército, por sí sólo, civilizar un país, sea el propio país, sea un extraño?”<sup>41</sup>

40. Barea, A. op. cit. pp. 93-94.

41. Cf. Balfour, S. art.cit, op. cit. pp. 90-91.



La guerra colonial es una guerra que sufren no sólo los sometidos de las colonias, sino los desheredados de la metrópoli. Una guerra que conviene a las élites militares y a las oligarquías que descuidan la población propia para satisfacer sus beneficios económicos e intereses políticos. Por tanto, la guerra de África llevaba a la misma conclusión que las especulaciones en torno a la guerra total imaginada. La lucha contra el capital, y contra el militarismo fascista concebido como su expresión instrumental contra las clases populares, era necesaria. Que esa lucha tuviera la forma de lo bélico o no, dependía de las diferentes opciones políticas. También podía tener una expresión rabiosa e impotente, adoptando la forma del motín iconoclasta, como en la Semana Trágica de Barcelona, cuyos ecos, no sólo en Cataluña, llegan a los primeros meses de 1936 tras la rebelión militar y la conspiración fascista.

Pero Balfour también señala un aspecto diferente de notable interés analizando textos de los generales Queipo de Llano y Mola. La transposición del Otro marroquí a un Otro interno a la propia España, según un lineamiento de clase, que hicieron los militares africanistas, los futuros golpistas. No fue excepcional que conceptuaran a los obreros y campesinos renuentes a sus conceptos como lo habían hecho con los "moros": incivilizados, torpes, indolentes e incultos.<sup>42</sup> En cualquier caso, esa ya es otra historia, no la de una guerra imaginada, sino la que arrancó el 17 de julio de 1936, un día antes que en España, en Marruecos.

42. Cf. Balfour, S. art.cit, op. cit. pp. 90-91.

Comarada

Juan Lore Hidalgo

Calle del Gobierno  
bajo n° 27

Portuñia



José Hidalgo  
Valencia

José Hidalgo

# **GUERRA** **en la CIUDAD**

**1936-1939**

**Colección Monreal-Cabrelles**

DIPUTACIÓ DE  
VALÈNCIA

Àrea de Cultura



## CATÁLOGO:

### *Edición*

Museu Valencià d' Etnologia  
Diputación de Valencia

### *Coordinación edición*

Robert Martínez Canet

### *Autores artículos*

Manuel Delgado Ruiz  
Sunció García Zanón  
Santiago Grau Gadea  
Robert Martínez Canet  
Gervasio Sánchez  
Nicolás Sánchez Durá  
Romà Seguí Francés

### *Fotografías*

Biblioteca Valenciana  
Simón Fiesta Martí  
Museu Valencià d'Etnologia  
Zoe Imagen Arts

### *Fotografía de documentos*

Heino Kalis  
Miguel Ángel Ortells

### *Diseño y maquetación*

Espirelius

### *Imprenta*

Pentagraf Impresores S.L.

ISBN.: 978-84-7795-483-5

D.L.: V-4904-2007

### *Copyright*

De los textos: los autores  
De las fotografías: Museo Valenciano de Etnología  
De la edición: Diputación de Valencia

Todas las ilustraciones forman parte de la colección Monreal-Cabrelles, excepto las incluidas en el artículo de Nicolás Sánchez Durá y las de las páginas 12, 13, 117, 119, 129 y 130 que forman parte de las colecciones del *Museu Valencià d'Etnologia*.

• **Mirando al bies la guerra civil española**

15



ROBERT MARTÍNEZ CANET - ASUNCIÓN GARCÍA ZANÓN

• **¿Qué es una guerra civil?. Lógica y génesis de las luchas fratricidas**

23



MANUEL DELGADO

• **Todos muertos. La guerra total imaginada**

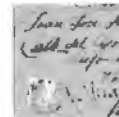
45



NICOLÁS SÁNCHEZ DURÁ

• **De los epistolarios en tiempos de la guerra civil española (1936-1939)**

79



ROMÀ SEGUÍ FRANCÉS

• **El dolor que transmite calidez**

105



GERVASIO SÁNCHEZ

• **La fragilidad de la memoria (histórica), en la exposición "Guerra en la ciudad. 1936-1939"**

109



SANTIAGO GRAU

• **Entrevista con Esteban Monreal**

119

